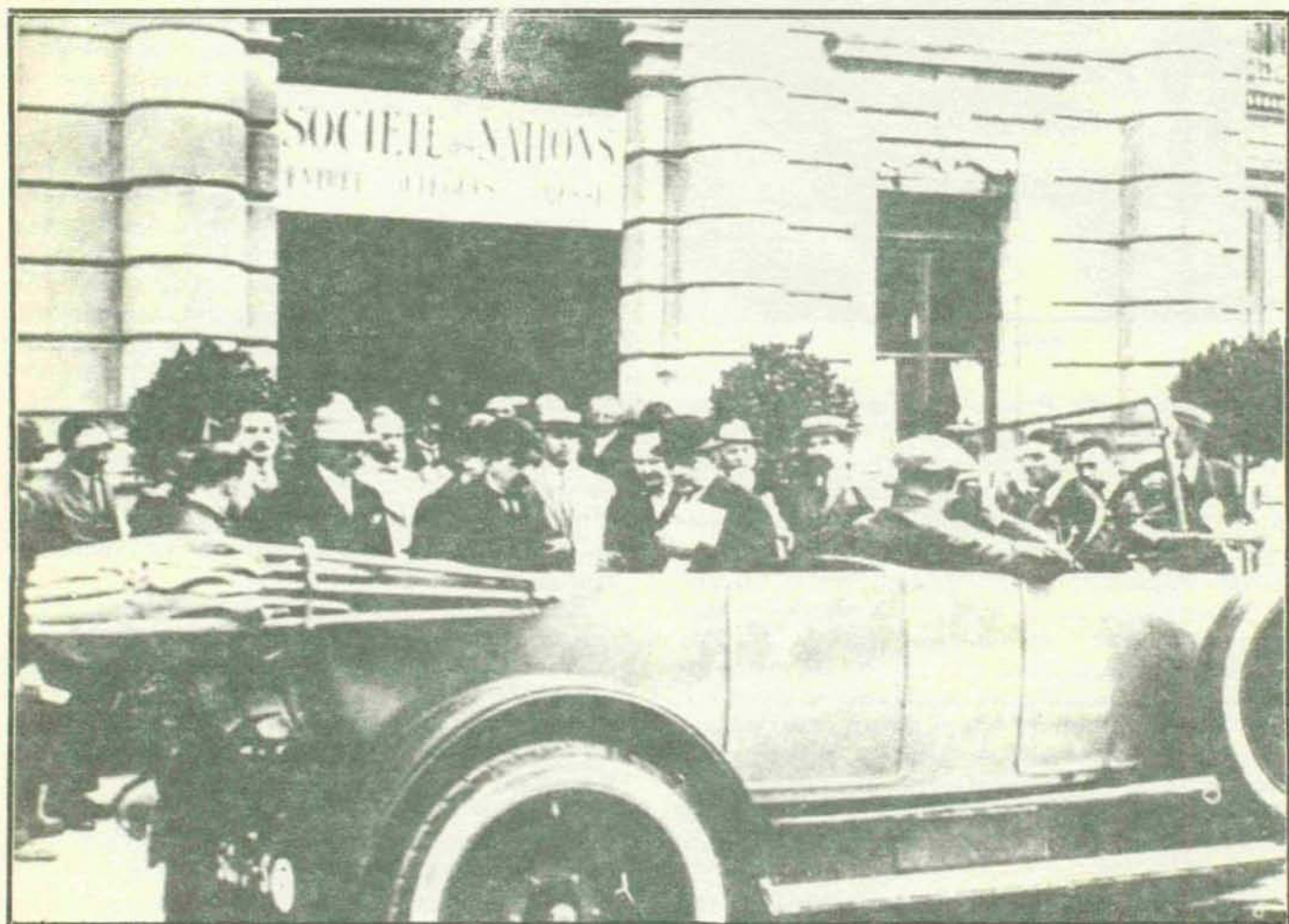


Hace sesenta años:

# El Tratado de Rapallo

José María Solé Mariño



Durante el periodo de entreguerras —de 1919 a 1939—, y más concretamente a lo largo de la década de los años veinte, el sistema de conferencias, alianzas y tratados intenta en vano conseguir el equilibrio europeo. En la imagen, miembros de delegaciones de distintos países ante la sede, en Ginebra, de la Sociedad de Naciones, el más destacado símbolo de una gran frustración.

**H**ACE ahora sesenta años, en abril de 1922, la Rusia bolchevique y la República alemana firmaban en la ciudad italiana de Rapallo un tratado de cooperación sin contar con la voluntad de las potencias vencedoras en la Primera Guerra. El nombre de Rapallo vendría a significar a partir de entonces un sinónimo de diplomacia secreta entablada entre Estados aparentemen-

te opuestos, pero con la voluntad de superar diferencias ideológicas en aras de la obtención de beneficios económicos y políticos.

## Europa, 1922

En la primavera de 1922 se comprueba ya de forma palpable la sombría realidad que la victoria de noviembre de 1918

había ocultado a los vencedores. Europa no parece poseer fuerzas suficientes para recuperarse de la sangría que en todos los órdenes representó la guerra. Las convulsiones sacuden al continente de parte a parte. La crisis económica es generadora de inestabilidad social. El desarraigo moral parece ser la nota dominante, tanto entre los habitantes de los países vencedores como entre los



Aristide Briand (1862-1932) y Gustav Stresemann (1878-1929), representantes, cada uno en su propio país, las posiciones más abiertas tendentes a una real pacificación de Europa basada, en primer término, en el establecimiento de relaciones amistosas entre la Francia victoriosa y la Alemania derrotada. Ambos habían de encontrar una extendida incompreensión y sufrirían los ataques y condenas de los sectores nacionalistas más exacerbados.

ciudadanos de los Estados derrotados (1).

Los problemas económicos estructurales se ven agravados por una serie de circunstancias nuevas, derivadas sustancialmente de la guerra: decrecimiento y suspensión de los intercambios comerciales, limitación de la producción por la falta de inversiones, presión de las deudas de guerra... El debilitamiento de los regímenes de democracia liberal será la consecuencia final, en el plano político, de esta crisis general. A los cuatro años de la finalización del conflicto, están ya prácticamente establecidas las líneas fundamentales sobre las que se basará la vida europea durante el período denominado *de entreguerras*: creciente fragilidad de la democracia y auge de los autoritarismos reaccionarios, que tienen como útil coartada la presencia en Rusia del nuevo poder bolchevique. En los años siguientes, solamente los Estados con una tradición política suficiente vigorosa serán capaces de conservar —dificilmente en algu-

nos casos— los usos democráticos. Los demás, que después de 1918 se han dotado de esos mismos ornamentos cívicos, los verán caer muy pronto demostrando con ello su real inconsistencia.

Entre tanto, y por encima de problemas internos y rivalidades exteriores, un sistema de conferencias y tratados, heredero de la Europa postnapoleónica, intenta infructuosamente reorganizar esta etapa de veinte años que, vista retrospectivamente, aparece hoy como una prolongada preparación para un nuevo enfrentamiento general. De entre todas las relaciones establecidas en esa época, las que ligan a Alemania con la Unión Soviética, a partir del acuerdo de Rapallo, constituirán una de las referencias fundamentales en la política del continente.

La Alemania y la Rusia de 1922 son los dos grandes proscritos. La una, derrotada en guerra, se ve maniatada por las imposiciones de sus vencedores, lo cual la llena de frustración y resentimiento junto a deseos de revancha. La otra, apenas recuperada de la convulsión de una revolución se-

guida por una guerra civil, es considerada foco contagioso que es preciso controlar una vez demostrada la imposibilidad de su extirpación. Es, pues, esta situación común, si bien con orígenes muy diferentes, la causa del inicial acercamiento de ambos países. El desenvolvimiento económico de Rusia y Alemania se ve afectado gravemente por esta situación, y unas relaciones de amistad parecen ofrecer el remedio más adecuado para intentar una solución a la crisis que amenaza con ahogar la economía de los dos antiguos enemigos.

La situación interna de cada uno de los Estados implicados de forma más destacada en la situación que desemboca en el pacto de Rapallo sirve para comprender las respectivas posturas respecto a esta aparentemente sorprendente relación que, a partir de entonces, ha sido considerada como la mejor demostración de la ambigua y engañosa actitud de Alemania con respecto a Europa occidental, que hubiera considerado mucho más lógico la formación de un frente común en contra del poderío soviético.

## De Berlín a Moscú

En los primeros meses de 1922, la República alemana, nacida en Weimar tres años antes, intenta reponerse de los profundos traumas de la derrota y la revolución frustrada. El partido socialdemócrata y las formaciones moderadas no son capaces de evitar una intensa inclinación a la derecha por parte de las clases dirigentes tradicionales, nostálgicas de un régimen fuerte, y temerosas ante la posibilidad de un triunfo de la revolución, que han visto tan de cerca. Los asesinatos políticos de personalidades de ideología liberal —prácticamente impunes debido al conservadurismo del poder

(1) Ver: «Europa, entre la guerra y la revolución.» *Tiempo de Historia*, n.º 50.



La República alemana nacida con el desastre en los campos de batalla, nunca conseguiría, durante sus quince años de existencia, la estabilidad necesaria para su consolidación. el *putsch de Kapp*, intento de golpe ejecutado por la fracción más derechista del Ejército, supuso, entre los días 13 y 17 de marzo de 1920, uno de los más vigorosos intentos destinados a destruir el régimen de democracia liberal. En la fotografía, participantes en la sublevación recorriendo las calles de Berlín.

judicial— se alternan con los intentos militares por hacerse con el control del Estado. Cobran cada vez mayor auge las formaciones paramilitares financiadas por elementos ligados a la industria y los negocios, incapaces de admitir la permanencia del sistema de democracia formal.

En el ámbito económico, la situación es desastrosa. Las clases medias empobrecidas temen verse integradas, en sus niveles bajos, dentro del proletariado. Las obligaciones impuestas por los vencedores amenazan con terminar de hundir a la potente economía alemana. Los industriales, opuestos al pago de las exorbitantes reparaciones, son incapaces de reconvertir la industria de guerra para aplicarla a la fabricación de bienes de consumo. La asfixia es gene-

ral. Políticamente, la Alemania de Weimar es un proscrito. Los países europeos, encabezados por una Francia agria y revanchista, intentan obtener las reparaciones de cualquier forma. En los círculos decisivos del interior de Alemania, se va observando con creciente reticencia y desprecio la evolución del régimen republicano, que solamente es apoyado por la templanza de socialdemócratas y burgueses liberales. Ni la extrema izquierda pierde la esperanza de hacer triunfar la revolución, ni la derecha reaccionaria renuncia a situar en el poder a un régimen fuerte que le asegure el mantenimiento de su privilegiada situación.

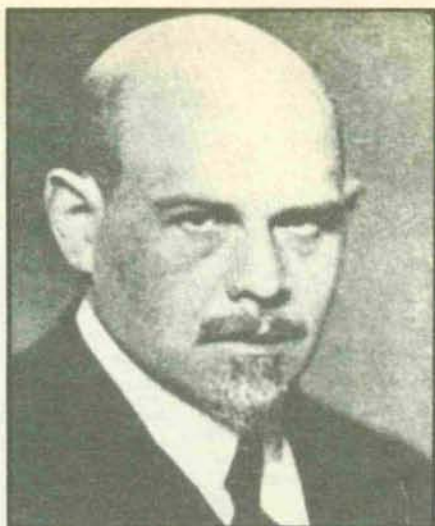
Durante tres años, los representantes del Gobierno alemán habían intentado convencer a los sucesivos gabinetes franceses y británicos del carácter

irracional de la exigencia de reparaciones tan enormes, incapaz Alemania de hacerlas efectivas. Lloyd George y Aristide Briand, en prosecución de una política de pacificación, van admitiendo la posibilidad de hacer concesiones viables a las peticiones germanas, personalizadas en el ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Berlín, Walter Rathenau, el más ferviente partidario de una estrecha relación de su país con Occidente. Pero en el interior de las dos grandes democracias, la fuerza de los intransigentes terminará por apartar del poder a los partidarios del entendimiento, para sustituirlos por personajes más radicales, de los que la mejor muestra será el decidido anti-alemán Raymond Poincaré, que accede a la presidencia del Consejo

francés prometiendo hacer pagar a Alemania la totalidad de las reparaciones exigidas. Con ello, el país, hostilizado y encerrado en sí mismo, se ve obligado a realizar un giro en relación con las potencias occidentales. Es, en Berlín, la hora de los partidarios de la política orientada hacia la Unión Soviética que, cercada y agotada, se ve también excluida del concierto europeo.

En noviembre de 1920, con el embargo de las últimas fuerzas blancas en aguas de Crimea, termina la guerra civil rusa. Después de tres años de destructora lucha con fuerte intervención extranjera, el joven Ejército Rojo ha sido capaz de alzarse con la victoria. El país, organizado en base a un sistema colectivista, comienza la difícil reconstrucción en base a una economía arruinada y paralizada. A esta circunstancia básica se viene a unir el bloqueo europeo al nuevo régimen, que intenta exportar la revolución como medio principal para mantenerse en el poder (2).

En 1922 ya se han dado los pasos decisivos para la edificación del régimen soviético. Suprimido todo tipo de disidencia proveniente del interior o del exterior del partido bolchevique, va consolidándose la dictadura, encabezada por Lenin. La supresión de los demás partidos y la unificación de los sindicatos obreros consiguen la sumisión de la población, a lo que contribuye la eficaz acción de la policía política. En marzo de 1921, mientras millones de personas están amenazadas de muerte por inanición, el Gobierno soviético decide dar un giro temporal a sus planteamientos iniciales y solicita ayuda material y asesoramiento a Occidente. Los Estados Unidos aportarán la mayor parte de la asistencia prestada. Una *Nueva Política Económica*, admitiendo ciertas formas capita-



Walter Rathenau (1867-1922), industrial y economista. Es una de las figuras más destacadas de la Alemania de Weimar. Su posición política, abierta a un entendimiento con las potencias occidentales y su pertenencia a la burguesía judía, le hacen blanco de las iras de los elementos de extrema derecha. En junio de 1922 sufre un atentado y pierde la vida. La justicia de Weimar nunca llegaría a desentrañar la compleja trama del hecho.

listas, intenta fomentar la iniciativa privada y atraer las inversiones extranjeras.

Al igual que Alemania, pero por otras causas, también la Unión Soviética debe hacer

frente a las exigencias occidentales de reparaciones económicas. La Europa capitalista exige el pago de las compensaciones por los bienes perdidos debido a la revolución y a las nacionalizaciones posteriores. Los inversores europeos — sobre todo franceses — en la Rusia zarista no admiten la pérdida de sus bienes y presionan con fortuna a sus Gobiernos respectivos para que exijan la correspondiente reparación, que las autoridades de Moscú no están en disposición material —ni mental— de efectuar.

En el mes de abril de 1922, al mismo tiempo que el georgiano Josif Stalin es alzado al cargo de secretario general del partido, los gobiernos europeos deciden por vez primera invitar a los soviéticos a una mesa de conferencias que hasta ese momento les había estado vedada. Las potencias quieren solucionar definitivamente el contencioso de forma satisfactoria para sus pretensiones. La inmensa extensión de la Rusia soviética se ofrece a los



El poder soviético constituido en Rusia intenta, desde la finalización de la guerra civil, un acercamiento a los Estados europeos con ánimo de reconstruir su economía y apuntalar su sistema político. El comisario Chicherin será uno de los elementos claves en esta coyuntura.

(2) Ver: «La guerra civil rusa.» *Tiempo de Historia*, n.º 75.

países europeos como un campo de *inagotable* aprovechamiento de todos sus recursos. Mediante esta explotación, los soviéticos pagarían sus deudas. Pero el Gobierno de Moscú no está dispuesto a admitir semejante intromisión, que pondría en peligro su propia soberanía efectiva sobre su territorio, y acude a la reunión decidida a lograr un entendimiento bilateral con su compañera de ostracismo, la Alemania imposibilitada de satisfacer también las exigencias de los vencedores de 1918.

### El ejército de Weimar

A pesar de todas las apariencias, el Ejército alemán había salido incólume en sus principios de la derrota de noviembre. Forjador primero de Prusia y, más tarde, cohesionador del Imperio, había insuflado sus tradiciones a la construcción política alemana, carente de experiencia unitaria. Y al mismo tiempo, se fortalecía como grupo en el interior del Estado, formando un cuer-



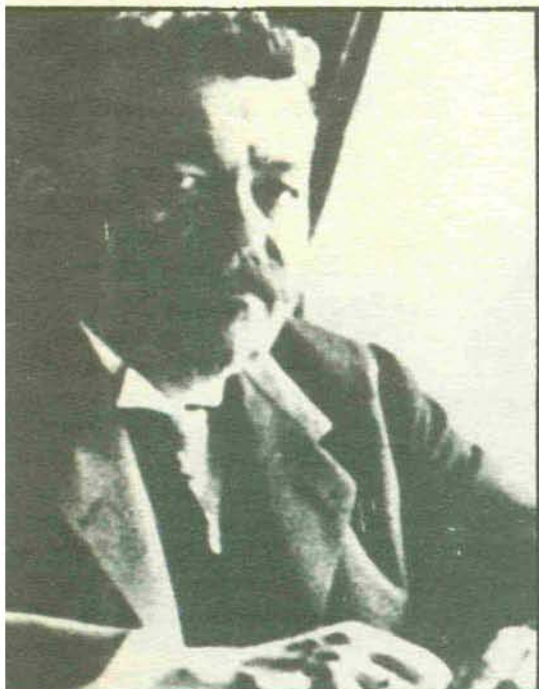
El general von Seeckt en compañía de algunos miembros de su entorno. Prototipo del militar prusiano, dirigirá todos sus esfuerzos hacia el restablecimiento del potencial bélico alemán, impedido por los tratados de paz de Versalles.

po particular y privilegiado. Si los militares habían sufrido en su momento las trabas que la personalidad de Bismark les había impuesto, a su caída volvieron a recuperar con creces un papel predominante, dentro de una Europa en la que, según todos los documentos constitucionales vigentes, la subordinación del Ejército al poder civil era condición indispensable para la estabilidad de los sistemas calificados como democráticos.

El momento cumbre de este predominio militar se alcanza con la primera guerra mundial. Durante cuatro años, una verdadera dictadura militar gobierna sobre el Imperio, llevando a cabo innumerables y nunca discutidas intromisiones dentro de los límites teóricos del poder civil. Hindenburg y Luddendorf encabezarían este régimen de excepción, que no venía a ser mas que la continuación natural de un proceso de progresivo intervencionismo militar en ámbitos a él ajenos, partiendo de un supuesto

deber de servicio al país en caso de necesidad. Cuando la derrota se presenta como inminente, los altos jefes militares se apartan de la escena pública, tras presionar a los políticos civiles para que soliciten el armisticio. El honor del Ejército alemán quedaba de esta forma a salvo, como primordial reserva utilizable para el futuro de la nación.

Las condiciones impuestas por los aliados en el tratado de Versalles suponen sobre el papel el virtual desarme de Alemania. Un ejército reducido a cien mil hombres, voluntarios por una duración determinada, junto con la prohibición de la fabricación de aviones y carros de combate, viene a unirse con la supresión del Estado Mayor General y el mantenimiento simbólico de la Marina, impedida también de fabricar submarinos y buques mayores de un limitado tonelaje. Jefes y oficiales, herederos de las tradiciones prusianas respecto del exclusivismo aristocratizante, ven en la instauración de la



El socialdemócrata Friedrich Ebert (1871-1925), elegido en febrero de 1919 primer Presidente de la República Alemana. Su mandato se extenderá hasta abril de 1925, en que será sustituido por el mariscal Hindenburg.

República un simple hecho pasajero, por encima del cual es preciso pasar hasta el momento de recuperar el poderío militar, que es identificado con el del país.

La entrada de miembros del partido socialdemócrata hasta los más altos puestos políticos del Estado no supone en ningún caso dificultades para los intereses militares. Antes al contrario, el temor de esta izquierda moderada a indisponerse con el grupo de poder más cohesionado y poderoso de Alemania, permite a los altos círculos castrenses aumentar su supremacía. Algunos amagos de democratización del Ejército son inmediatamente sofocados, tanto desde los medios decisivos militares como políticos, que prefieren antes una interferencia real, pero solapada que un protagonismo evidente de los militares en la vida política. La mentalidad monárquica de los más altos jefes del Ejército no es un secreto para nadie en la nueva República. Varios tratadistas han llegado a señalar que, entre 1919 y 1934, el Ejército constituye el verdadero eje del poder político en Alemania.

Durante este período, los militares, gozando de una autonomía prácticamente absoluta, conducen la política alemana por encima de coaliciones y gobiernos efímeros. Su libertad de actuación es completa, como se demostrará en las relaciones con los soviéticos. Finalmente, su ambiguo apolitismo podrá conducirles sin traumas importantes hasta el juramento de fidelidad personal al *Fuhrer*, y a la subsiguiente inclusión en la estructura del Tercer Reich, que para muchos miembros del cuerpo castrense viene a significar el paradigma de los valores de orden y eficacia a que habían aspirado durante largo tiempo (3).

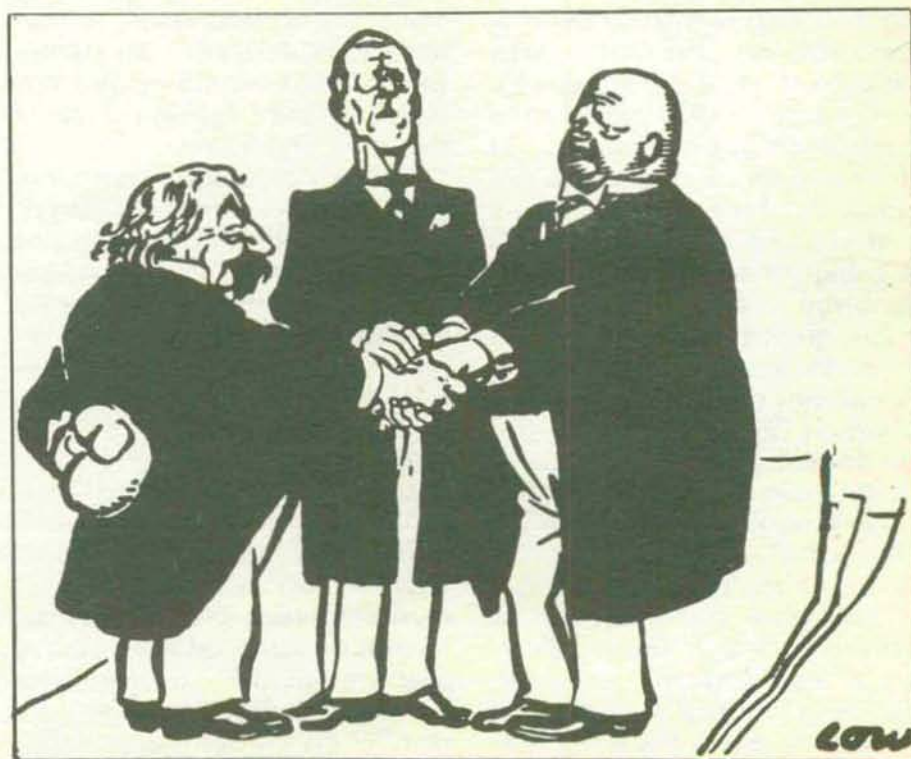
## La crisis de las democracias

En 1919, Francia se presenta como la primera potencia europea sin rival posible. Desagradada física y económicamente por la guerra, llega, sin embargo, a la culminación de su prestigio internacional. Pero el brillo exterior no es capaz de cubrir el quebranto que significa el empobrecimiento general de la población y la profunda regresión demográfica, cuyas consecuencias habrán de demostrarse de la forma más cruda años después.

El pueblo francés, encabezado por sus clases dirigentes, no encuentra satisfactorio el tratado de Versalles. Francia espera que los costos de la reconstrucción sean aportados por la Alemania agresora y derrotada, y a lo largo de la década de los años veinte será esta política la que inspire la actuación exterior del país. Al mismo tiempo, Francia se ha erigido en protectora de los pequeños Estados centroeuropeos surgidos tras la guerra, como ele-

mentos de contención del expansionismo, tanto alemán como soviético. La amenaza de invasión de algunas zonas alemanas en caso de impago de las reparaciones, únicamente conduce a Francia a un enfriamiento de relaciones con una Gran Bretaña más moderada en sus exigencias, tras una toma de conciencia acerca de la poca rentabilidad de las posturas inmovibles.

Muy poco antes de la celebración de la conferencia de Génova, el moderado y conciliador Briand, acusado por la derecha más conservadora de ser el inspirador de una *política de concesiones* respecto de Alemania, cae del poder a pesar de que la postura personal del presidente Millerand se inclina en la misma dirección de entendimiento. Raymond Poincaré accede a la presidencia del Consejo decidido a obligar bajo cualquier forma al vecino país a la entrega de bienes y valores equivalentes a las compensaciones exigidas. Y con este espíritu acude a Génova, entre el clamor de la oposición de izquierda, deseos



Caricatura británica por David Low en la que aparecen Aristide Briand, Joseph Chamberlain y Gustav Stresemann, como representación de una Europa dialogante reunida en multitud de ocasiones intentando un acuerdo general que nunca se obtendría.

(3) Ver: «Los militares alemanes y el nazismo.» *Tiempo de Historia*, n.º 69.

sa de encontrar otros métodos menos belicosos para resolver el latente conflicto existente entre los dos países, históricamente rivales.

Por su parte, la Gran Bretaña, también dañada económicamente por el conflicto, pero contando todavía con el soporte de sus colonias ultramarinas, se ve igualmente sacudida por la crisis que afecta al continente. Perdida la hegemonía marítima, su aislamiento con respecto a Europa es creciente. En el interior, el aumento del paro y la inflación provocan oleadas de huelgas, de las que va perfilándose el predominio del sindicalismo de signo socialista. Mantenido por sucesivas coaliciones. Lloyd George, partidario de un entendimiento pacífico tanto con Alemania como con la Unión Soviética, busca con su política una expansión comercial para el reducido mercado británico de productos manufacturados. Ello le llevará a enfrentamientos con una Francia decidida a llevar hasta sus últimas consecuencias la plasmación práctica de los tratados impuestos a los vencidos. Pero Génova será el último y fallido intento del primer ministro británico para sostener su prestigio personal y la línea moderadamente progresista de sus gobiernos. Al igual que en la otra orilla del canal, también los británicos confiarán, en el otoño de 1922, el gobierno de su país al partido conservador.

En quinto lugar, entre las potencias europeas, Italia vive los últimos momentos de la democracia liberal con que se había dotado a partir de la unificación bajo la dinastía de Saboya. Faltan muy pocos meses para que —en octubre de 1922— el rey encargue a Benito Mussolini la formación de Gobierno. La crisis económica, la inestabilidad social, la ineficacia política y la presencia del agresivo fascismo, habían dominado la escena italiana desde el mismo final de la guerra. Italia había salido de



La clase política y militar alemana se divide en los primeros años veinte entre los partidarios de un acercamiento al Este y quienes propugnan la vuelta hacia las potencias occidentales. La prensa adopta también posiciones y expresa los puntos de vista de estos contrapuestos grupos de interés. En la imagen, el magnate Eduard Spranger.

ella dentro del campo de los vencedores, pero había sufrido devastaciones mayores que la propia Alemania. El apoyo financiero otorgado a los fascistas por los centros de decisión económico va a dar su fruto. Muy pronto, el partido de Mussolini se convertirá en pionero y modelo para los demás movimientos similares que surgirán en toda Europa durante los años siguientes.

Fuera del ámbito europeo, los Estados Unidos de América, único verdadero vencedor de la contienda, recoge los resultados obtenidos por medio de ella. Una administración republicana, presidida por Warren Harding, apaga las veleidades liberalizantes y a veces utópicas del anterior Presidente, Wilson. El aislacionismo político no impide un crecimiento del comercio exterior, siempre con saldos a su favor, incrementados por la preocupación de las deudas de guerra que sus aliados europeos deben satisfacerle. Es, en el interior, la época del reaccionarismo social y del fuerte proteccionismo económico, que ampara una gran protección de la

industria en detrimento de la agricultura. Una literatura de alta calidad ilustra de la manera más diáfana este período, determinado por un puritanismo moralizador y por el estallido de la conflictividad entre la sociedad rural y la industrial, configurando la época del denominado *big business* — gran negocio— de los industriales norteamericanos.

## Los militares alemanes y la Unión Soviética

En el momento de la imposición de las cláusulas de Versalles, los intereses del disminuido Ejército alemán vienen a identificarse con los de los grandes magnates de la industria pesada —el hierro, carbón y acero del Rhur—. Privados ambos sectores de posible expansión debido a la prohibición de la fabricación de material bélico, unen sus aspiraciones en la posibilidad de un giro hacia el Este: La Unión Soviética, ahora pacificada, ofrece inmensas perspectivas. Y de la misma forma que, antes de 1914, militares e industriales habían actuado al margen del Gobierno, ahora también los primeros contactos confidenciales con las autoridades soviéticas tendrán lugar sin el conocimiento del gabinete ministerial.

En noviembre de 1919, el general Von Seeckt es nombrado jefe del *Truppenamt*, especie de Estado Mayor del Ejército, ahora camuflado bajo nueva denominación al ser formalmente prohibida su existencia por los aliados. Von Seeckt, además de representar la figura clásica del militar prusiano, reúne una serie de cualidades particulares que harán posible que se convierta en el alma de la nueva *Wehrmacht*, resucitada entre sombras. Una extraordinaria agudeza política le lleva a aceptar inmediatamente y sin discusión el esta-

blecimiento del sistema republicano-democrático. Para el Ejército podrá servir esto en varios campos. Por una parte, sería utilizado como eficaz cobertura para todas las actividades encaminadas a la reconstrucción del poderío militar alemán. Por otra, permitiría —prevista ya su futura debilidad— no solo la conservación, sino el acrecentamiento de todos los privilegios y ventajas que la casta militar poseía anteriormente.

Por todo ello, la actitud de Von Seeckt se diferencia totalmente de la de aquellos altos jefes obcecados, como Luddendorf y Von der Goltz, que se oponen formalmente al sistema republicano. El fracaso del *putsch* de Kapp, en mayo de 1920, ha significado el hundimiento de las esperanzas de muchos de estos militares nostálgicos de la imposición de un régimen autoritario. Muchos de ellos se unirán en los años siguientes al movimiento nazi, pero por el momento, la tendencia general dentro de las fuerzas armadas es la de aceptación, aparentemente resignada, de la nueva situación, de la que comienzan enseguida a obtener considerables rendimientos.

Entre los meses de abril y octubre de 1920, había tenido lugar la guerra ruso-polaca. La resucitada Polonia del mariscal Pilsudski se había lanzado a una guerra de expansión sobre el territorio ruso. A las iniciales victorias sigue el contraataque y la retirada, que lleva al Ejército Rojo —comandado por el futuro mariscal Tujachevski— hasta los mismos arrabales de Varsovia. Salvará a la capital una desesperada defensa y la ayuda recibida de Francia. El triunfo final de las armas soviéticas impresiona fuertemente a los militares alemanes, e incluso llega a producir una auténtica oleada de entusiasmo popular la victoria del ejército de Trotski sobre el disparatado expansionismo de una Polonia que da comienzo a

su vida independiente enfrentándose innecesariamente con sus poderosos vecinos.

A partir de este momento, los militares profesionales alemanes ostentan posturas de admiración y respeto por el ejército bolchevique, contribuyendo con ello a fortalecer la idea de una posible alianza con el poder establecido en Moscú, que ha demostrado sobradamente contar con condiciones de supervivencia. En círculos militares de Berlín no se oculta incluso la conformidad ante la idea de que la Rusia bolchevique ocupe de nuevo la totalidad del territorio

polaco, recuperando así las fronteras de 1914. La buena disposición de Moscú hacia Alemania queda demostrada —como contrapartida— en el cuidado con que el Ejército Rojo trata de respetar las fronteras alemanas del Este. Las autoridades soviéticas, con el mismo Lenin al frente, comienzan a ver claramente que la única posibilidad que queda para atenuar el rigor del bloqueo occidental es el acercamiento a Alemania.

Así pues, ya en la primavera de 1921 estaban entablados contactos militares alemanes en Moscú, al margen de la ac-



Maxim Litvinof (1876-1951), comisario soviético para los Asuntos Exteriores. Hasta 1939 en que será sustituido por Molotov, dirige la política externa de la Unión Soviética en su apertura diplomática, iniciada en Rápalo.



ción política oficial, que se desarrolla muy lentamente, y sólo en el plano de acuerdos sobre prisioneros de guerra. En el otoño de ese mismo año se concretan ya convenios sobre la instalación de fábricas de material de guerra en territorio soviético dirigidas por personal técnico alemán. El Ejército germano, pese a su conservadurismo medular, posee altos niveles de realismo, que le indican la conveniencia de un acercamiento hacia la Unión Soviética, como forma de eludir las imposiciones aliadas, que pretenden hacer de él una mera imagen simbólica sin valor efectivo alguno.

### Prólogo político

Durante las jornadas revolucionarias de 1918 y 1919 en Alemania, la Unión Soviética no había cesado en ningún momento de alentar a los elementos que dirigían el combate contra el orden establecido. Para Lenin y los demás dirigentes soviéticos, era —como es sobradamente conocido— Alemania el guía de la revolución mundial. Rusia no habría sido más que un precedente fortuito. Pero restablecido el

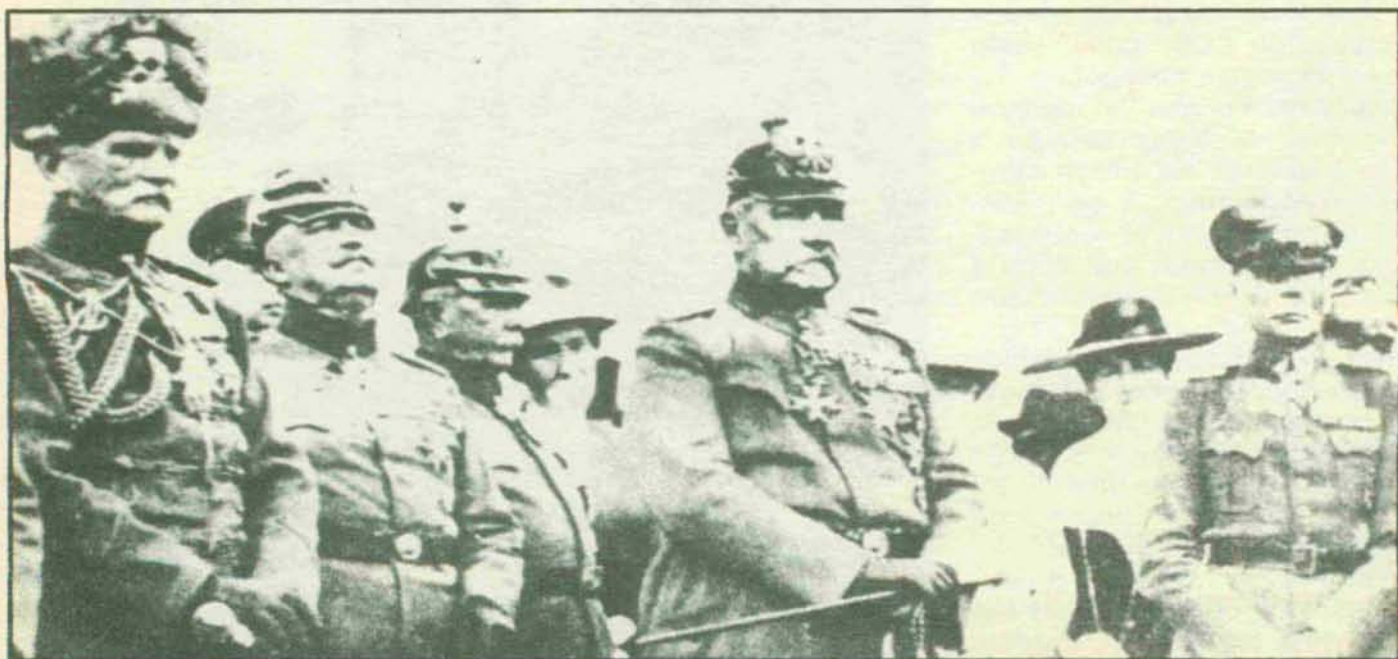
orden en el territorio del Reich, se oscurecen las esperanzas en la plasmación de la idea de una Alemania directora de la revolución mundial.

Aplastada la agitación por la fuerza, un agitador procedente de Rusia, Radek, es detenido por las autoridades e internado en prisión. El desarrollo de su condena ilustra perfectamente el interés existente entre los círculos decisivos alemanes acerca de una temprana posibilidad de acuerdo con una Rusia que, por el momento, parece dispuesta a apoyar cualquier movimiento de signo subversivo. Radek durante su encierro, y debido a su importancia personal, acaba convirtiéndose en aglutinador de todas las tendencias proorientales existentes en la Alemania postimperial. Incluso el occidentalista decidido Rathenau llega a visitarle para sondear su opinión acerca de la disposición del Gobierno soviético. Poco después será puesto en libertad. Se llevará a Moscú el esbozo de lo que se convertirá en el tratado de Rapallo.

Dos tendencias se enfrentan respecto a esta cuestión entre las clases dirigentes alemanas. Por una parte, los partidarios

del difícil y condicionado entendimiento con los occidentales. El principal centro de esta tendencia se halla en el partido socialdemócrata, de carácter reformista una vez abandonada la vía revolucionaria. Los socialdemócratas habían constituido el principal soporte de la República en los difíciles momentos iniciales, y ahora veían en un vuelco hacia la Europa occidental la única solución al desarraigo de Alemania en el concierto de las naciones.

Enfrente, se encuentran los progresivamente fortalecidos partidarios de un giro hacia el Este. Rusia, además de ser el otro gran país apartado de la aceptación de las potencias, ofrece —elemento decisivo— la posibilidad de burlar las imposiciones de Versalles. En este grupo vienen a reunirse, en extraña alianza, la extrema izquierda revolucionaria —mirando hacia el triunfante modelo ruso— con la derecha más reaccionaria, hostil a un Occidente que intenta asfixiar a Alemania. Los grandes industriales, impedidos de expansionar sus negocios, consideran al Este como la salida natural para sus productos. De la misma forma, los inversores,



De izquierda a derecha, von Mackensen, Luddendorf, Hindenburg y von Seeckt. La preeminencia militar en la vida de la Alemania de entreguerras determinará, en gran medida, toda su política y nunca dejará de pesar sobre las instituciones civiles, que de esta forma ven mediatizada su actuación teóricamente libre.

que aspiran a aprovechar las posibilidades que parece ofrecer la Unión Soviética, carente de toda clase de medios para su reconstrucción agrícola e industrial.

Por el momento, el Gobierno lo ignora todo acerca de las conversaciones ya entabladas, mientras mantiene oficialmente posturas extremadamente cautas hacia Moscú, de cara a las potencias occidentales, sosteniendo, sin embargo, su negativa inicial a cooperar en el bloqueo económico que éstas están dispuestas a imponer al desangrado país. El mismo Stressemann condena la rigidez occidental en el tema, y defiende el derecho de Alemania a sustentar posiciones diferentes. Incluso los mismos occidentalistas alemanes se ven impelidos por la actitud de las potencias —Francia en primer término— a admitir gradualmente las ventajas de un acercamiento al Este.

Mientras la aproximación política y económica se lleva a cabo muy cuidadosamente, pero de forma abierta, las conversaciones militares son conducidas en un secreto tal, que todavía hoy no es posible hallar pruebas palpables de su desarrollo en los archivos alemanes susceptibles de ser consultados. Una demostración del interés alemán por un acercamiento a la Unión Soviética, contrapeado por la obligada cautela ante posibles reacciones occidentales, es la rapidez con que Berlín firma un primer tratado comercial normalizado con Moscú en los primeros días de mayo de 1921, solamente pocas semanas después de que el tratado comercial anglosoviético hubiera abierto de forma simbólica la posibilidad de comerciar abiertamente con Rusia. Se ha señalado que estos primeros convenios vienen a significar el entierro oficial de la cruzada antibolchevique que había llevado a los políticos europeos hasta propuestas que llegaban al establecimiento de un cordón sanitario para evitar



El mariscal soviético Tujachevski en su juventud. Este célebre militar, presente en las épicas batallas de la guerra civil, será una de las víctimas más destacadas de las purgas estalinianas.

el contagio de la revolución.

Por parte de los dirigentes de Moscú, el interés hacia una concordia con Alemania está basado en una serie de necesidades urgentes y primordiales. En primer lugar, la desconfianza justificada del poder bolchevique hacia un acuerdo tomado por las potencias sobre la explotación de sus recursos en un plan totalmente colonial, les empuja hacia el país que tradicionalmente había sido su fuente de importación tanto de productos industriales como de técnica de todo tipo. Ya antes de la guerra, la Alemania guillermina había sido el principal país en el comercio exterior de la Rusia zarista. Ahora, era necesaria, más que nunca, la aportación germana para la reconstrucción del país, que se debate entre el hambre y la ruina.

Desde un punto de vista ideológico, nunca desdeñable a los ojos de los nuevos poderes revolucionarios, Alemania constituye el hogar sagrado de la revolución, a pesar de haber sido aplastados todos los intentos por implantarla. En relación con este punto, los sectores alemanes más reaccionarios admiten una alianza con la Rusia bolchevique aplicando la doctrina particular a aliarse con los dirigentes del Estado

que interesa, independientemente de su ideología y, por supuesto, decididos a ahogar cualquier intento que se hiciera por imponerla dentro de su país. Este practicismo, al que también se adhiere, por el lado contrario, Lenin, es causa, entre los más altos dirigentes soviéticos, de profundas desavenencias que enfrentan a quienes se niegan a pactar con un Gobierno burgués —como Zinoviev y otros jefes del *Comintern*— y esperan todavía el triunfo de la revolución en las calles de las ciudades alemanas, y los partidarios de una alianza, que finalmente acaban por triunfar en la pugna.

La condición general que se intenta imponer a los soviéticos es la del reconocimiento de todas las deudas anteriores a 1914 y el compromiso de reparaciones sobre los bienes extranjeros nacionalizados. Junto a esto, la permisión del control de las finanzas nacionales y de las explotaciones de las riquezas del territorio. La Gran Bretaña de Lloyd George acude a Génova con buen talante, dispuesta a hacer cierto grado de concesiones a cambio de la obtención de resultados medianamente aceptables. Alemania es invitada por su conocimiento de las cuestiones rusas y como mera pieza a disponer en caso necesario. Francia y los pequeños países de su órbita acuden con un ánimo muy diferente. Poincaré ha encargado a Barthou el mantenimiento de una rígida postura de oposición a toda concesión que implique la pérdida de la menor fracción de las reparaciones a las que asegura tener legítimo derecho.

A su paso por Berlín, la delegación soviética, encabezada por Chicherín, intenta del Gobierno alemán la firma de un tratado bilateral cuyo borrador está ya preparado según líneas generales trazadas por los contactos precedentes. Pero el ministro germano de Exteriores, Rathenau, no abandona su conocida posición intentando un



Heinrich Brüning (1885-1970), perteneciente al partido alemán del Centro, será jefe del Gobierno en 1930 y bajo su mandato será solucionado el problema del pago de las reparaciones a los aliados. En los primeros tiempos de la República, es ya un prometedor político del sector conservador.

acercamiento a Occidente hasta el último momento, y demora el acuerdo. Ya en Génova, los soviéticos, negándose desde un principio a aceptar las imposiciones occidentales, vuelven nuevamente hacia Alemania su mirada. Incluso hacen llegar a la delegación de Berlín rumores acerca de una posible exigencia de reparaciones por parte rusa en virtud del vigente tratado de Versalles. Según esto, los aliados estarían dispuestos a cobrar sus propias reparaciones de Rusia a base de los pagos efectuados a ésta por Alemania.

Dentro de este ambiente irreal y ambiguo, la delegación soviética tiene muy clara su intención de no querer convertirse en una colonia económica de Occidente, mientras Alemania sigue siendo apartada de los centros de decisión común. Será de hecho esta cerrazón de las potencias la causa determinante del acuerdo final a que llegarán los dos países marginados. En la madrugada del día 16 de abril, la delega-

ción soviética propone a la alemana la firma de un acuerdo sobre el texto ya existente. Las vacilaciones de Rathenau son vencidas por la presión personal del canciller Wirth. De esta forma, a las cinco de la tarde de ese día, se celebra la breve ceremonia de la firma. Es el triunfo del sector proorientalista situado en los altos círculos alemanes. La República de Weimar, como la Rusia soviética, no quería verse rodeada por una alianza general hostil. Los intereses mutuos habían hecho posible esta alianza, que a primera vista podría parecer antinatural.

El estupor y la cólera planean ahora sobre los asistentes a la conferencia y sobre sus respectivos Gobiernos, que ven en el tratado una demostración del doble juego llevado por las dos partes firmantes. De modo inmediato significa el fracaso de la reunión, que verá languidecer sus sesiones durante unos pocos días más. El endurecimiento de posturas se hace evidente, sobre todo en el caso de la Unión Soviética, que se ve fortalecida. Llegan a aflorar cuestiones hasta entonces escondidas, como la rivalidad entre británicos y norteamericanos por la explotación en exclusiva de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. La intransigencia francesa, ahora ya ineficaz, alcanza niveles que llegan a lo grotesco. La aceptación final por Gran Bretaña de la nueva situación busca finalmente, siguiendo con una consecuente línea de actuación, la obtención de mayores ventajas de las que podría reportarle una enfrentada oposición a una realidad que se presenta ya como inmodificable.

### El tratado y sus consecuencias

La misma firma del tratado tenía en sí mucha mayor importancia simbólica que los propios puntos relacionados en

el texto. Este garantiza la renuncia a toda posible reclamación y la reanudación de las relaciones diplomáticas y consulares. La sección más importante corresponde a los aspectos económicos, que serían desarrollados posteriormente en tratados particulares hasta hoy desconocidos. El interés de Moscú en la recepción de bienes industriales y asistencia técnica, se complementa con el alemán por la expansión industrial y militar sobre territorio soviético. Ya durante el verano siguiente, mientras el general von Seecky dirige la instalación de factorías y campos de entrenamiento conjuntos, el conde Brockdorff-Rantzau, antiguo jefe de la delegación alemana en Versalles, presenta en la capital soviética sus cartas credenciales como primer embajador de la República alemana.

Es la hora de los grandes industriales. Los magnates del Rhur, con Krupp en cabeza, construyen factorías de material bélico en los Urales, en Kazán y en Petrogrado. La utilización de los productos — aviones, tanques, gas tóxico, etc. — se hace conjuntamente entre militares alemanes y soviéticos, pero siempre bajo dirección germana. En definitiva, este asesoramiento asegura al Ejército Rojo el mayor beneficio del tratado en el plano militar, ya que contribuye de forma determinante a configurarlo como un ejército profesional con altos conocimientos técnicos. Las ventajas generales, a corto y largo plazo, fueron, en definitiva, mutuas. Cada uno de los dos países, además de los beneficios materiales, obtenía la seguridad de la no adscripción del otro a una alianza con los occidentales. Militarmente, los dos ejércitos se reforzaban y perfeccionaban unas técnicas que habrían de servirles para enfrentarse entre sí diecinueve años más tarde.

Pero la real debilidad del tratado venía dada por su carácter negativo: la hostilidad

común hacia las potencias. Sin embargo, por el momento, la opinión europea los observa temerosa y expectante, al imaginar la existencia —nunca probada— de cláusulas secretas de tipo militar que podrían hacer peligrar la difícil paz. Dentro de Alemania, la firma del tratado es ampliamente criticada. Rathenau es, paradójicamente, acusado por algunos sectores de la extrema derecha de haber vendido el país a los bolcheviques. Será el último acto de una campaña dirigida contra su persona por su cualidad de industrial judío políticamente liberal. Dos meses más tarde —el 28 de junio de 1922— es asesinado en Berlín por extremistas de derecha. La judicatura nunca pondrá especial énfasis en descubrir y castigar a los instigadores del cri-

men. Alemania se encuentra ya en el largo prólogo a la dictadura nacionalsocialista.

El carácter oportunista del tratado ofrece como consecuencia final unos logros en realidad muy modestos en comparación con su posible potencial. Los inversores alemanes no encuentran en la Unión Soviética las suficientes garantías de seguridad y se retraen. Paralelamente, grandes reticencias dominan las relaciones políticas. Pero la gran beneficiada en este campo, la Unión Soviética, puede a lo largo de los siguientes cinco años apoyarse en el acuerdo para enderezar su precaria posición en Europa. Con el ascenso de Hitler al poder el tratado puede darse por muerto. Seis años más tarde, en 1939, las mutuas necesidades acerca-

rán de nuevo a estos dos Estados con regímenes tan antagónicos, para lanzarlos enseguida a un nuevo enfrentamiento bélico. Pero la vigencia del trauma causado en la Europa de 1922 por aquel inesperado pacto no ha desaparecido entre historiadores y políticos. Desde el año 1955, en que la Unión Soviética y la República Federal Alemana —heredera ideológica de Weimar— reanudan sus relaciones diplomáticas, cualquier síntoma de entendimiento especial entre los dos Gobiernos es observado con toda cautela por las capitales europeas, mientras retorna el recuerdo de un día de abril —hace ahora exactamente sesenta años— en la pequeña ciudad balnearia de Rapallo, sobre la costa de Liguria. ■

J. M. S. M.



Ya desde antes de la firma del tratado de Rapallo, la colaboración militar entre alemanes y soviéticos era un hecho. A partir de entonces, la Wehrmacht dispone de amplias posibilidades para la utilización del extenso territorio ruso para burlar las disposiciones de los aliados. En la fotografía, oficiales de los dos ejércitos durante unas maniobras conjuntas.